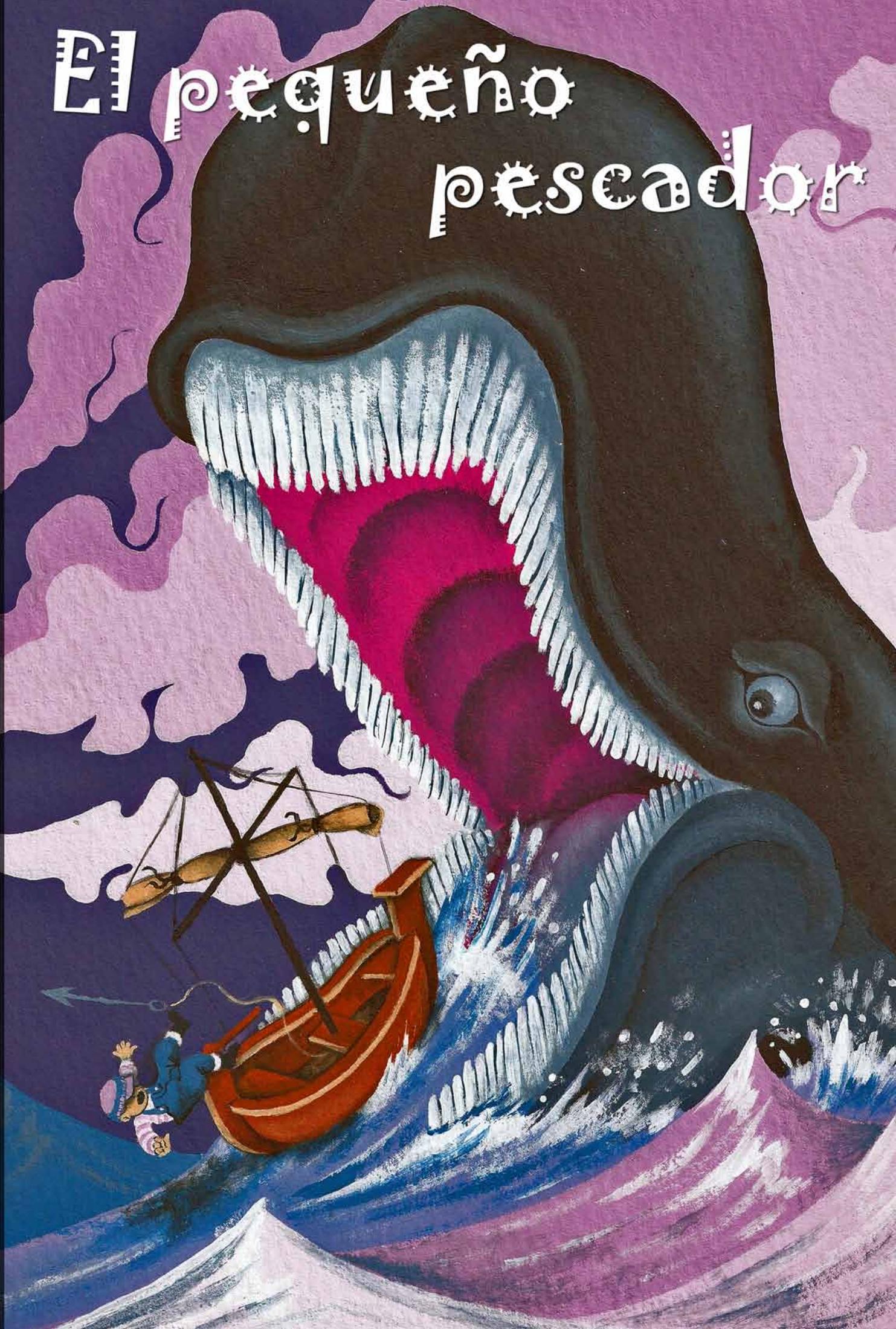


El pequeño pescador

Benjamín Keacha López - Fran Keacha - Benjamín Keacha García



El pequeño pescador

Texto:

Benjamín Recacha López
Benjamín Recacha García

Ilustraciones:

Fran Recacha

Diseño y maquetación:

Benjamín Recacha García

© Benjamín Recacha López
Benjamín Recacha García
Fran Recacha
2014

Contacto:

fran@franrecacha.com

<http://www.franrecacha.com>

www.facebook.com/franrecachaART

brecacha@gmail.com

<http://benjaminrecacha.com>

www.facebook.com/brecacha

Nota del autor

El pequeño pescador es un proyecto familiar, el trabajo conjunto de mi padre, mi hermano y yo mismo, que en su día creamos con la idea de concursar en algún certamen de cuentos ilustrados. Sinceramente, no recuerdo si llegamos a presentarlo. El caso es que llevaba 15 años metido en un cajón y recientemente lo redescubrimos gracias a mi hijo Albert. Bueno, no fue él quien nos dio la idea de publicarlo, pero como todo el mundo sabe los abuelos se desviven por enseñar a sus nietos cosas que les llamen la atención. Así que un día mi padre recuperó el cuento, con las ilustraciones originales de mi hermano Fran, y, como no podía ser de otra manera, Albert quedó maravillado.

Nunca nos habíamos planteado en serio la posibilidad de sacarlo a la luz pública, pero hace unos meses surgió la conversación y, puesto que hoy en día, con los conocimientos necesarios de maquetación y los programas adecuados, resulta bastante sencillo, me comprometí a convertirlo en libro... y aquí lo tenéis.

Benjamín Kacacha García

3 de junio de 2014



Apenas tenía diez años cuando de tanto oír contar aquella historia una idea se le iba afianzando en la cabeza. Algunas noches incluso soñaba con ella. En aquella aldea pegada al mar la vida transcurría sin grandes acontecimientos. Sus habitantes vivían de la pesca, y el que no, de alguna actividad relacionada con el mar. Así es que el oficio se transmitía de padres a hijos, generación tras generación, igual que se heredaban nombre y apellido.

Él, como otros tantos muchachos, había aprendido lo suficiente como para ayudar a su abuelo en las tareas más diversas: cosía las redes, limpiaba el casco de la barca, taponaba pequeñas vías de agua, y hasta se tenía por un experto en la pesca con caña.

A pesar de todo ello, los días resultaban monótonos para su mente imaginativa y fantasiosa: “¡Siempre cosiendo redes, pintando y limpiando!”, se decía mientras esperaba alguna novedad que rompiera la rutina.

En los días de temporal, cuando las barcas no podían salir a faenar, los pescadores —sobre todo los más viejos— se reunían en la taberna a esperar que mejorase el tiempo. Allí se contaban historias que los niños escuchaban boquiabiertos. Algunas de ellas ya se las sabían de carrerilla de tanto haberlas oído, aunque siempre había variantes que les devolvían todo su interés. Ello dependía de los vasos de vino o ron que se hubiera bebido el que la contaba. Aquélla de la ballena que se había tragado una barca entera y había destruido más de veinte a golpes de aleta le quitaba el sueño a Bastián. La gran ballena también había destrozado en dos ocasiones la barca de su abuelo, a quien tuvieron que rescatar sus compañeros cuando ya estaba a punto de ser engullido por el mar.

—¡Yo pescaré esa ballena engreída! —se repetía Bastián a sí mismo cada vez que escuchaba el relato— ¡Vaya si lo haré!

Aquella mañana se había levantado más temprano que de costumbre. El día anterior había descargado una





tormenta tremenda y no había podido salir con su barca. Así es que después de haber estado escuchando a los viejos pescadores contar sus historias una vez más se fue a dormir temprano, con la cabeza repleta de fantasías. Cuando por la mañana salió a la calle todavía se repetía a sí mismo: “Yo pescaré esa ballena, ¡vaya si lo haré! Pero de momento me iré a pescar el almuerzo”.

Y así fue como, con su caja de anzuelos en una mano y en la otra su gorra, salió a toda prisa hacia el embarcadero canturreando y saltando a la pata coja:

—¡Ay Felisa, ay Felisa! A por ti voy a toda prisa.

El día estaba algo nublado. Todavía se apreciaban en el cielo restos de la tormenta, y aunque el mar estaba un poco picado a él le pareció que podía ser una jornada de pesca estupenda.

Se había adentrado más de lo habitual. Llevado por sus pensamientos, no se había percatado de que había rebasado el límite que hasta entonces siempre había respetado. El abuelo se lo repetía una y otra vez: “¿Ves allí? ¿Dónde el agua cambia de color? Pues allí está el límite para ti... ¡Nunca lo traspases!” Y vaya si lo había traspasado...

—Pero la culpa no es mía —se decía a sí mismo Bastián para autoconvencerse—. La culpa es de los peces, que esta mañana parece que se los haya tragado el mar. Es que ni un boquerón, ¡será posible!

En esas estaba cuando al estirar del hilo para volver a lanzarlo notó un fuerte tirón que le hizo exclamar:

—¡Ya picó, ya picó! ¡Al fin! ¡Uf, cómo pesa! Debe ser una buena pieza...

Poniendo toda su atención en lo que hacía, fue recogiendo el hilo hasta que por fin empezó a emerger chorreando agua una cosa negruzca y deforme que en nada se parecía a un pez...

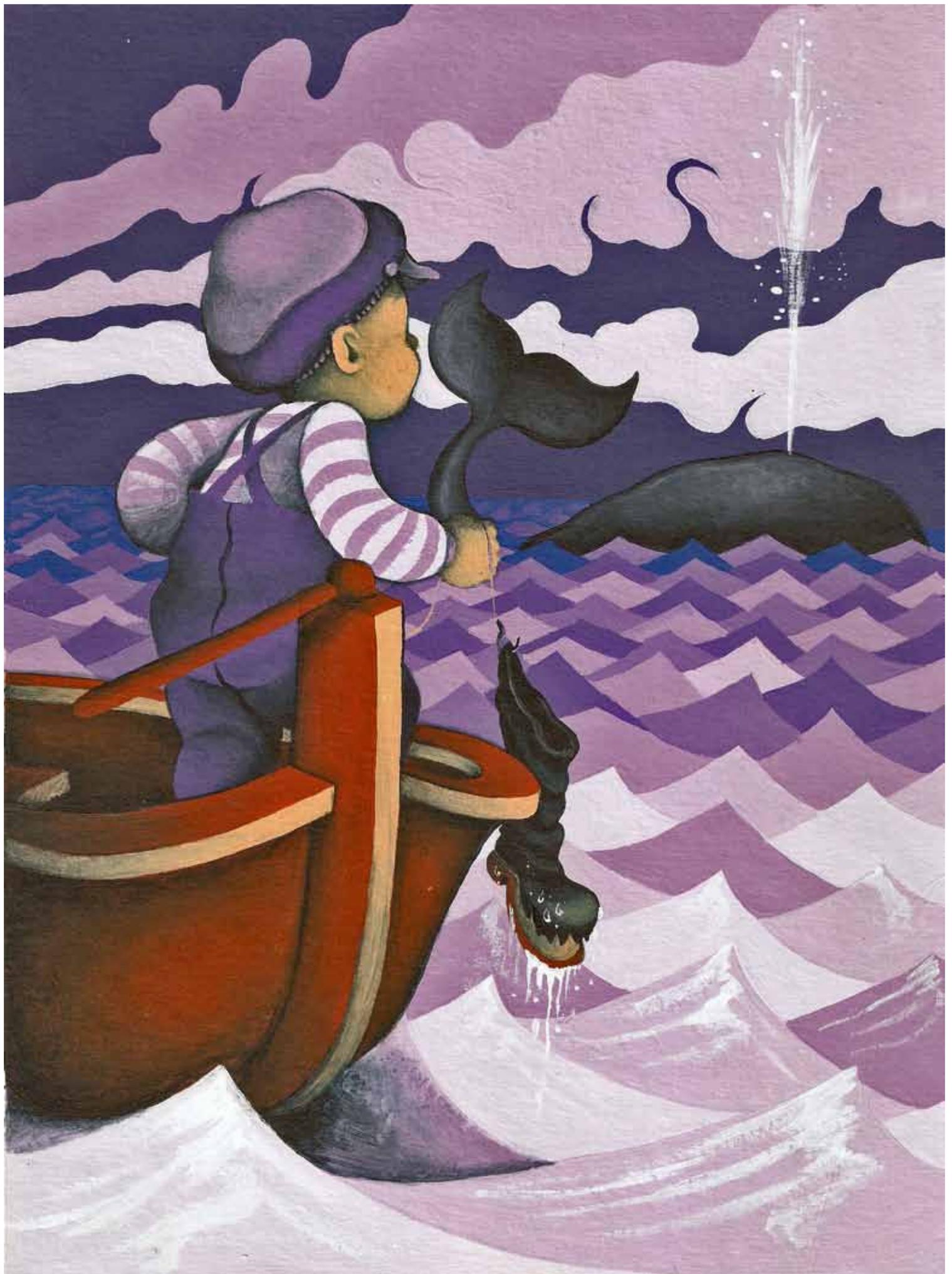
—¡Maldita sea! ¡Una bota! ¡Una bota vieja, más tiesa que un arenque! ¡Esto no puede sucederme a mí! —se repetía una y otra vez, mientras contemplaba la bota suspendida en el anzuelo. Hasta tuvo la sensación de que aquella cosa lo miraba burlonamente y parecía decirle: “Je, je, que te aproveche amigo”.

Se había levantado una ligera brisa y con el calor del enfado no se había dado cuenta de que se iba alejando cada vez más de la costa. Su barca Felisa, empujada por la corriente, se adentraba en el mar, mientras que el cielo se iba cubriendo de espesas nubes. No se había desecho aún de la bota pescada cuando al mirar a lo lejos vio algo que lo dejó perplejo...

—¡Por mil percebes bailando la muñeira! —exclamó Bastián— Aquello... Aquel chorro de agua... ¡Claro, es una ballena!

Su corazón empezó a latir a cien por hora. Sus manos,





más rápidas que su pensamiento, trataban de agarrar algo de algún rincón de la barca...

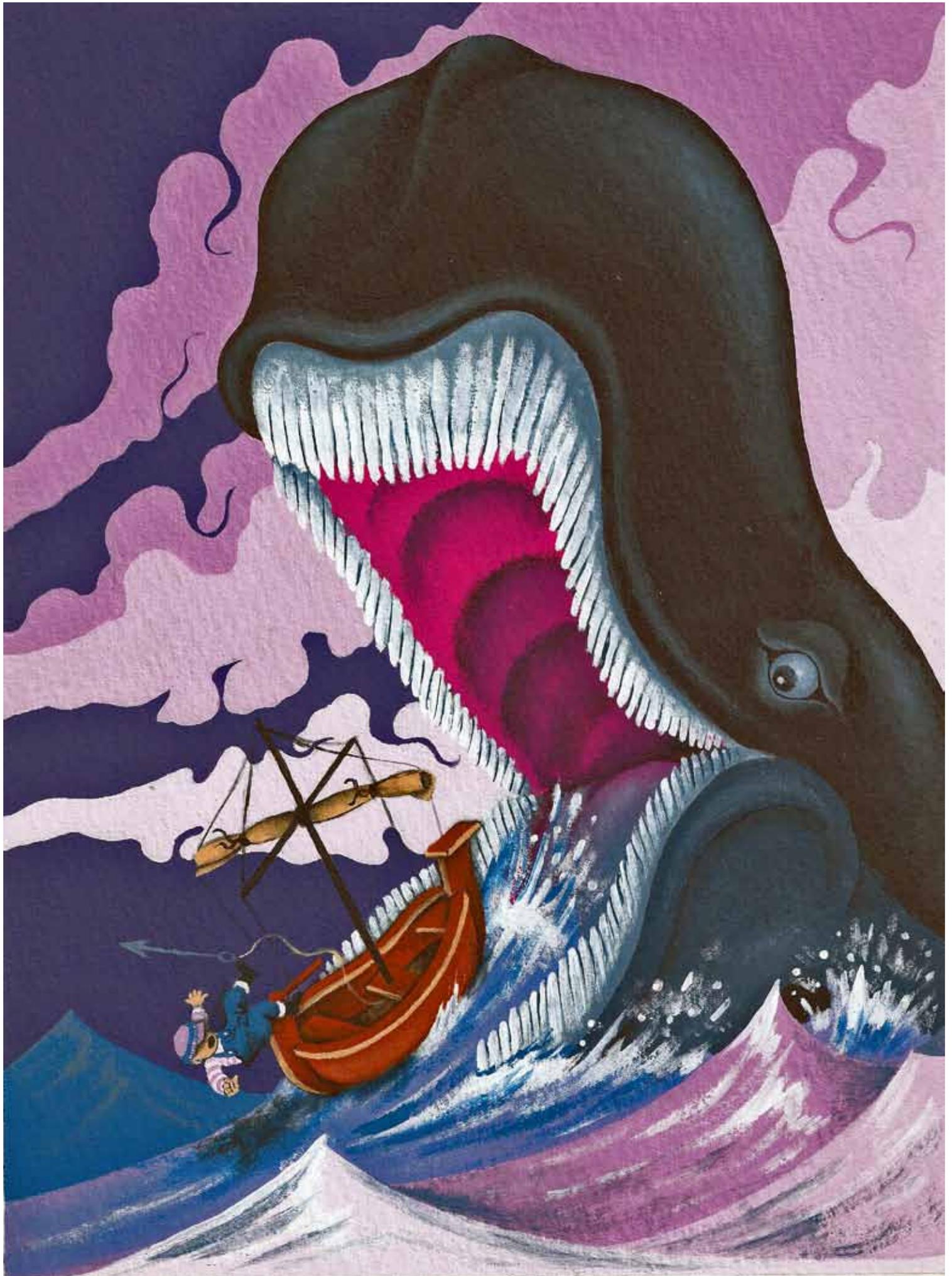
—¿Dónde está? ¿Dónde...? ¡Aquí, esto mismo! ¡No, hombre, esto no! ¿Cómo voy yo a pescar una ballena con un anzuelo? ¡Quiero un arpón, un arpón! ¡Aquí está!

No le dio tiempo a más. De repente notó que todo se volvía oscuro. Frente a él se apareció un inmenso túnel negro, bordeado por una interminable cremallera de dientes blancos dispuesta a tragarse todo lo que se le pusiese delante. Pero el pequeño pescador no se amedrentaba fácilmente. Con su arpón firmemente agarrado esperó a que aquel monstruo se acercara lo suficiente: "Se va a enterar esa cosa de lo que es bueno. Esta es mi oportunidad. Si consigo pescar este bicho podré taparle la boca a más de un vejete de éstos que presumen de haber pescado tanto o cuánto". Y sin pensárselo más, gritó desafiante a la ballena:

—¡Eh, tú, sardinita enlatada! ¡Acércate más, que te voy a rascar la panza!

El cetáceo, como si hubiera entendido al muchacho, se paró ante él. Durante unos segundos se quedó observando a aquel intrépido y maleducado mozalbete que le había llamado sardina enlatada. A ella, que se había hecho respetar por todos los seres marinos y no marinos habidos y por haber. "Te voy a dar yo a ti —se





dijo el animal — ¡Ahora verás, renacuajo!” Y dando una fuerte zambullida levantó una gigantesca ola que elevó por los aires a barca y pescador.

Bastían sintió cómo era arrancado de su barca por una fuerza invisible. Sin apenas tiempo para comprender qué estaba pasando, pudo ver cómo Felisa estaba a punto de ser engullida por aquella bocaza interminable, y cuando caía al agua, creyendo correr la misma suerte, vio cómo la enorme cola del bicho se le aparecía, vertical y amenazadora, delante de sus narices. La ballena lanzó una muy mal intencionada mirada al muchacho mientras éste pugnaba, braceando y pataleando, por no ser absorbido por el oleaje, al tiempo que trataba de alejarse de aquella tremenda aleta, que parecía haber quedado suspendida en el aire.

—¡Ahora verás, berberecho sin concha! —creyó Bastían que le decía la ballena con sus ojillos maliciosos.

Cuando entendió cuál era la intención del animal, más que nadar corría por encima del agua, tratando de desaparecer...

—¡Noooo, oye, que no, que yo no quiero jugar al tenis contigoooo! ¡Ay, ay, ayyyy!

¡Plaf! La enorme aleta lanzó tal raquetazo sobre el muchacho que éste salió disparado por los aires como si de una pelota diminuta se tratase.



